

ESPERANZA DE LA ORA

ESPERANZA Y DES

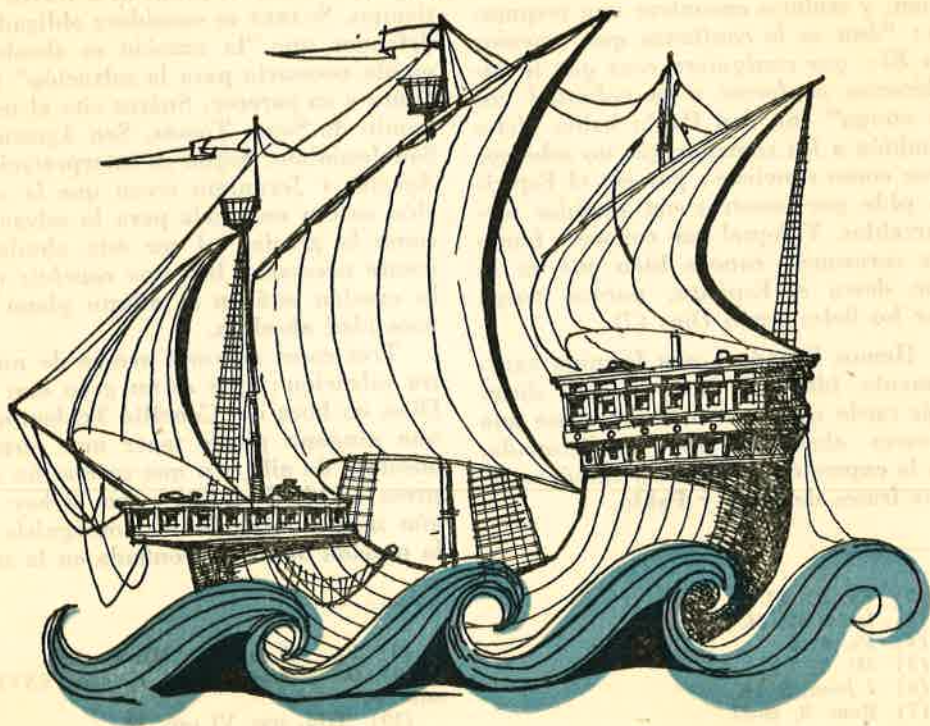
CIÓN DE SUPPLICA

Rafael Navarrete, S. I

Todos hemos sentido el escozor del problema. Hemos orado, hemos levantado a Dios nuestras manos —manos humildes e insistentes— hasta cansarnos, y hemos seguido solos con nuestro dolor y nuestra angustia. Ahora y entonces y en tiempos de Cristo. Porque esas frases entresacadas de Mateo y Juan pueden repetirse de nosotros; nosotros somos testigos de nosotros mismos y de todos esos que llaman sin respuesta.

CARLOS RHANER ha expresado ardientemente nuestra queja: “Hemos orado, hemos llamado a Dios, y Dios no nos ha respondido. Le podríamos demostrar que nos sobra razón para estar pesarosos de su silencio. Hemos gritado y todo permaneció mudo, hasta el punto de hacernos ridículos a nosotros mismos en nuestro grito inútil, si no hubiera salido ese grito exprimido de nuestra angustia y desamparo” (1).

(1) C. RAHNER: *Angustia y salvación*, pág. 82 s. Trade de Luis Martínez Gómez, S. J. Ed. Sapiencia. Madrid 1953.



Pero el problema no nace de esto sólo; nos inquietamos porque nos sentimos perplejos entre nuestra experiencia y nuestra fe. Si es verdad lo primero, también es verdad lo otro. Dios lo ha dicho abiertamente: “*si clamare ante mí, le oiré*” (2). Palabra de Dios. “*Ante de que acaben de hablar ya les habré escuchado*” (3). Por eso hemos dicho confiadamente: “*El Señor me oirá cuando le invoque*” (4).

Nos quedan muchos textos del Antiguo Testamento, y nos queda la vez de Cristo, nunca ha sido *tan persuasiva* su palabra: “*Pedid y recibiréis; buscad y encontrareis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, y el que busca encuentra, y al que llama se le abrirá*” (5).

Y sin embargo, aquí estamos nosotros con nuestro dolor y nuestro cansancio.

Un texto de San Juan

Leíamos la primera carta de San Juan, y creímos encontrar una respuesta: “*ésta es la confianza que tenemos en El: que cualquiera cosa que le pidieremos conforme a su voluntad nos lo otorga*” (6). San Pablo había dicho también a los romanos que no sabemos orar como conviene; por eso el Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables. Y Aquel que conoce a fondo los corazones, conoce bien qué es lo que desea el Espíritu, porque ruega por los fieles según Dios (7).

Hemos llegado a una fórmula exactamente idéntica. Los teólogos dirán más tarde que la oración no tiene una eficacia absoluta, sino condicionada. Es la expresión abstracta y filosófica de esas frases de Juan y Pablo.

Pero ¿qué es pedir según Dios? Pedir es buscar, es amar; pedir según Dios, es buscar y amar según Dios. San Agustín ha dicho concisamente: “*Se puede pedir todo lo que se puede desear*” (8).

Demos, pues, un paso más en la solución del problema, ¿qué es lo que se puede desear?

Oración-Salvación

Empecemos por la salvación. Podría desnudarme de cualquier anhelo; de todo, menos de ese grito de solución definitiva a nuestra angustia. Es el cordel más fuerte con que Dios nos ata a sus orillas. Dios quiere nuestra salvación; nos lo ha dicho con toda la seriedad de Cristo Crucificado. Si alguna vez está empeñada la palabra de Cristo es precisamente cuando el hombre pide su salvación eterna.

Pero al hablar del problema oración-salvación, nos preocupa más subrayar que nuestra salvación depende de nuestro clamor continuado a través del tiempo. SUAREZ se considera obligado a defender que “*la oración es absolutamente necesaria para la salvación*” (9). Junto a su parecer, Suárez cita el testimonio de Santo Tomás, San Agustín y San Jerónimo. Según su interpretación, Agustín y Jerónimo creen que la oración es tan necesaria para la salvación como la gracia; al ser ésta absolutamente necesaria, hay que concluir que la oración está en el mismo plano de necesidad absoluta.

Tres cosas sabemos acerca de nuestra salvación: que es un gran don de Dios, en boca del Concilio Tridentino; que ninguno puede tener una certeza absoluta de ella, sin una revelación expresa (es de fe) (10), y que si hay algún medio infalible de conseguirla es la oración humilde, confiada en la san-

(2) Ex. 22, 27.

(3) Isaias 65, 24.

(4) Ps. 4, 4.

(5) Mt. 7, 7 s.

(6) 1 Juan, 5, 14.

(7) Rom. 8, 26-27.

(8) Ep. 130 cap. 12; ML 33, 502.

(9) *De oratione*, libr. 1, cap. XXVIII, núm. 3.

(10) *Trid. sess. VI cap. 12.*

gre de Cristo. Esto nos dicen unánimemente los Santos Padres y los teólogos (11).

Los bienes del espíritu

Bienes desde la región de lo sobrenatural: nuestra salvación, de la que hemos hablado anteriormente, y todos aquellos medios que nos ayudan en nuestro caminar hacia ella: la paciencia, el perdón, el amor... Jesús multiplicó esta súplica cuando puso en nuestros labios la oración del Padre nuestro. La licitud de nuestra petición de bienes espirituales la garantiza Cristo.

Y con todo, es necesario distinguir. Hay bienes espirituales que llamaremos esenciales, porque en ellos está como la esencia de nuestra salvación y santificación misma: la fe, la gracia... otros son bienes accidentales, como la contemplación infusa y el don de hacer milagros. Los primeros los quiere Dios indiscutiblemente, y por eso se le pueden pedir absolutamente. Los segundos entran en ese campo oscuro de la voluntad divina sobre mi yo incierto; por eso nuestra súplica debe ser condicionada (12). Cristo, cuando le ahogaba el desconsuelo, rogó sencillamente: "si es posible" (13).

Sería largo tratar el problema de quienes sinceramente piden a Dios salir de un pecado al que están habitados, y caen repetidas veces en el mismo. Brevemente ésta es la respuesta. Se trata en ese caso de conseguir, no la gracia suficiente, que siempre poseemos, sino la eficaz (14).

Hay veces en que salir de un salto de un vicio es un verdadero milagro

(11) S. GONZALEZ, *De gratia*. B. A. C. 3.^a edic. Madrid 1956, pg. 535 s.

(12) SUAREZ, I, c. capt. XX.

(13) Mt. 26, 39.

(14) Gracia suficiente es aquella mediante la cual el hombre se constituye capaz de realizar actos en orden a la salvación. Eficaz aquella que es de hecho utilizada para realizar dichos actos.

sicológico. Dios no ha prometido responder siempre con un milagro a nuestra oración de súplica. Sólo cuando El infunde de modo extraordinario, como compañeros de la oración, un amor casi milagroso y una esperanza inquebrantable, puede haber seguridad de que Dios quiere concederlo.

Suponemos la sinceridad de este hombre que ora y lucha. Tarde o temprano su oración será oída. Sólo a la perseverancia está prometida la eficacia infalible.

Los bienes materiales

Es nuestra queja amarga; nunca hemos estado más cerca de la desilusión total. Sabemos que hay quienes han perecido inundados de dolor y de pobreza mientras clamaban a Dios en su impotencia.

Quisiéramos tener delante todo el dolor de los hombres para sentir en peso el problema; hemos meditado en la oración y en las palabras de Cristo mientras pasábamos entre las camas de los hospitales y las casas de nuestros barrios miserables.

No queremos adormecer su dolor con el calmante fácil de un raciocinio sutil. Sabemos que tales raciocinios son ineficaces; sabemos que con frecuencia son respuestas de quienes se sienten al otro lado del dolor.

Para las quejas apasionadas de quienes oran en el dolor y en la nada, Cristo es nuestra respuesta. Cristo fué un angustiado más entre nosotros; por eso pidió desde lo más sincero de su realidad humana que pasara de El la cruz y la muerte, y, no obstante, después, le crucificaron, y en su soledad misteriosa murió confiando en su Padre. Como Cristo —¡pobres hombres!— creemos en Dios por Dios mismo; creemos en su paternidad y en su cercanía, aunque a veces no sepamos entrelazar nuestro dolor y sus palabras.

Y ahora, vamos a ensayar una respuesta. La misma distinción de antes nos interesa tenerla presente. Hay bit.

nes materiales que llamaremos esenciales porque en ellos se apoya la esencia misma de la dignidad humana: el pan, y con él todo eso necesario para el desarrollo de la dignidad humana. Al constituirnos Dios necesitados de ellos, es claro que quiere los busquemos con los brazos de nuestro esfuerzo y de nuestra súplica. Los otros son bienes accidentales: la posición cómoda, el futuro resuelto... Estos bienes accidentales son medios; se les puede pedir, pero sólo Dios conoce el fin y nos conoce a nosotros. Por eso nuestra oración por ellos no siempre será escuchada.

El problema, por tanto, queda reducido a lo que hemos llamado bienes esenciales. Si; cuando el hombre de buena voluntad siente, anegado, el cansancio y la angustia de la oración, es porque ha pedido lo necesario para él y para los otros, y no ha sentido, como Pedro sobre las aguas, la mano de Dios en respuesta.

Hemos buscado la solución apasionadamente. Suárez ha escrito con valentía: "Los bienes materiales, aunque sean necesarios para la vida, han de despreciarse por los bienes espirituales, y por eso han de pedirse siempre condicionados" (15). Otra vez nos vienen los textos de Mateo y Juan: "Rogó Jesús al Padre: *pase de mí este cáliz...*" "*allí le crucificaron*". Sobre la cruz de Jesús escribirá más tarde Pablo: "*por eso le exaltó Dios sobre todas las cosas*". ¿Es ésta, Dios nuestro, la respuesta? No nos asusta el que puedas querer nuestra muerte. Sabemos, con el temblor de nuestra carne flaca, que el romperse el barro del cuerpo es para mirarte cara a cara.

Pero hay casos en los que la causa de nuestras oraciones sin respuesta está en los hombres —Cristo dirá en el fin del mundo: no me disteis de comer ni me vestísteis— y que el conjunto de las causas creadas libres tiene aquí su

aplicación plena. Dios no quiere esta organización del mundo. Solamente con el milagro podría socorrer Dios a muchos de los que le imploran. A veces lo hará. Pero el milagro es siempre la excepción. Sólo podrá verse una señal de que Dios quiere concederlo cuando El mismo nos mueve de un modo carismático, extraordinario, a pedirlo (16).

Y quede también como elemento de solución la realidad de quienes junto a nosotros —oración y esfuerzo— agradecen a Dios el pan de cada día que tampoco hoy se le ha negado.

Quando Oreis.. (Mt. 6,5)

Con lo anteriormente escrito creemos haber dicho algo sobre el campo de nuestra súplica, lo que podemos pedir porque lo podemos desear. Pero no basta que lo que pedimos sea según Dios; es necesario que también lo pidamos como El quiere. Tratamos de cuándo será nuestra oración infaliblemente escuchada.

Cristo ha dicho plásticamente: "*Quando oreis no seáis como los hipócritas que gustan orar en las plazas para ser vistos... no seáis habladores, como los gentiles que piensan ser escuchados por su mucho hablar*" (17). De una manera positiva Cristo habló de una oración "*en espíritu y en verdad*" (18), de una oración más del alma, que las oraciones frecuentemente exteriores de muchos judíos en el Antiguo Testa-

(16) Con esto no queremos decir que la súplica al modo carismático no sea generalmente una nueva gracia de Dios ofrecida a la virtud de la fe ejercitada en grado y mérito extraordinario; fruto, por tanto, de una libre cooperación nuestra a un llamamiento divino a orar con fe extraordinaria. El Señor lo dijo claramente: «Si tuviéreis fe y dudáreis, no solamente haréis lo [que acabo yo de hacer] de la higuera, sino que aún si decís a esta montaña: 'quítate de ahí y arrójate al mar', se hará» Mt. 21, 22.

(17) Mt. 6, 5 ss.

(18) Juan 4, 23.

(15) SUAREZ, I, c. capt. XX, núm. 4.

mento y por eso más de acuerdo con la verdad de Dios Espíritu (19). Pero además esas palabras están ahí para los espíritus de hoy "orar en espíritu y en verdad". No es la exégesis primaria del texto, pero es un eco conciso de lo que quería Cristo de nuestra súplica. Junto a esta sinceridad de los corazones, Cristo quería que nuestra oración fuera insistente, porfiada (20), con fe (21), con esperanza (22).

Los teólogos han resumido lo anteriormente expuesto en tres palabras latinas que han llamado cualidades de la oración infalible: *pie, constanter, necessaria ad salutem*; nuestra súplica es infaliblemente escuchada cuando oramos piadosamente —con fe, con amor, con esperanza (23)— con constancia, y cuando pedimos lo necesario para la salvación. Esta última cualidad, que hemos llamado campo de nuestra súplica infalible, ha sido, por su dificultad, la que nos ha detenido más tiempo.

(19) CEULEMANS. *In Evangelium secundum Joannem*.

(20) Lc. 11, 5 ss.

(21) Mt. 21, 22.

(22) Iac. 1, 6.

(23) SUAREZ, l. c. capt. XXIV núm. 1.

A las notas anteriores añadió otra S. Agustín a quien siguió Santo Tomás, pero que ha sido posteriormente discutida. Creía que únicamente era infalible nuestra súplica cuando pedimos por nosotros mismos (24).

Al fin, el misterio

Llegamos al final; conscientemente hemos acelerado el paso.

Nuevamente sentimos en peso el problema de la oración de súplica. Otra vez nos viene el deseo de repetir insistentes: creemos en Dios, aunque a veces no sepamos entrelazar nuestro dolor y sus palabras. Sabemos que hemos llegado al misterio. El Cristianismo no es una filosofía, es un misterio. No nos dan ganas de pasar la valla; nos detenemos aquí, contentos de sentir a Dios en la fe y en la esperanza. Como peregrinos de la tierra oramos ingenuamente por las necesidades de nuestro camino. Quizás nos oiga Dios; y siempre, tendremos el consuelo de sacrificar ante El nuestra misma vida, con la ilusión de su presencia presentida.

(24) SUAREZ, l. c. capt. XXVII.

